

LOS REYES DEL TOREO

SU VIDA.
SUS HECHOS.

DATOS
POR UNO AL SEGO

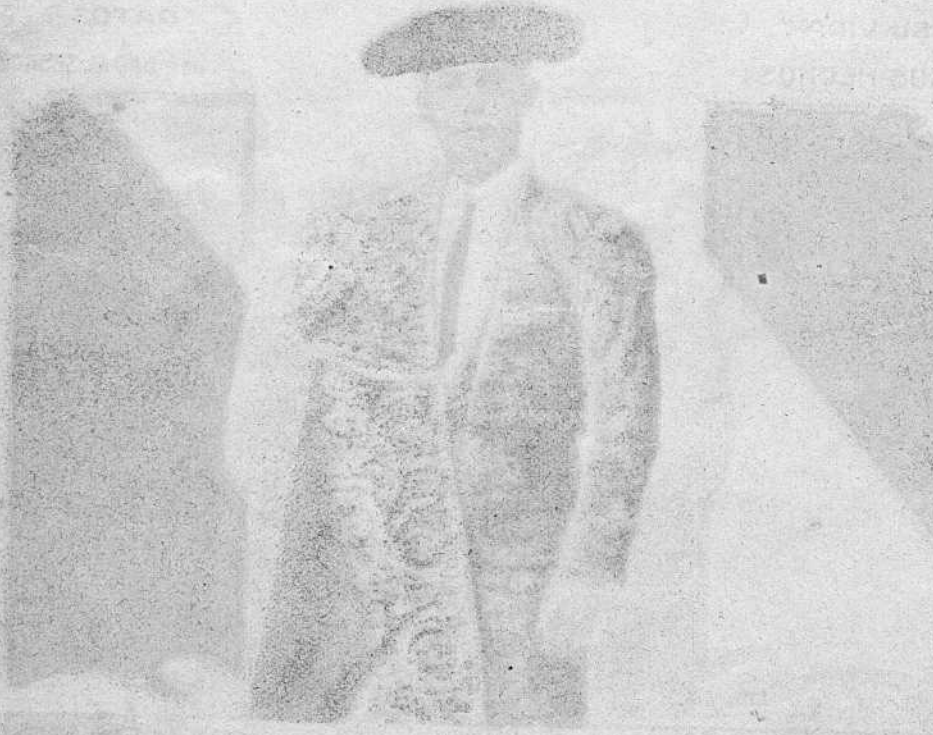


Rafael Gonzalez Madrid (Machaquito)



10 centimos

2010 2010 2010 2010



Rafael González Madrid

(Machaquito)

Nueva biografía, con adiciones complementarias

I

Eduardo Muñoz, el escritor amenísimo y que es excelente revistero de toros con el pseudónimo de N. N., ha referido en un periódico «la primera tarde de Machaquito», y por qué yo no podría hacerlo con su gracia, y creo que al lector ha de saberle a mieles, lo tomo íntegro, y Cristo con todos.

Dice así:

«Una mañana muy clara, muy luminosa, muy bella, de esos inviernos andaluces en que no castigan las lluvias pertinaces, y los fríos de la escarcha huyen vencidos apenas el sol toma posesión de sus altos y azules dominios, nos hallábamos sentados al pie de los naranjos en el amplio patio de un vetusto palacio cordobés empleado entonces—y bien empleado a fe mía—en colegio de niños y aun de adultos, bajo la dirección de un cultísimo profesor y estimado amigo nuestro, que aun vive (y mil años más, y yo que lo vea), un literato, novelista y famoso periodista insigne, y hasta académico de la lengua, y en esto parán las indicaciones para que no resulte aquello de «verde y con asas...» y el que estas «Curiosidades» escribe. Era la hora en que el sol acaricia y baña de salud, de bienestar y hasta de piedad y

de amor a las buenas almas. Dentro de la escuela iba creciendo el abejorreo de las oraciones de los niños que cantaban himno de pájaros a la bondad divina antes de comenzar sus lecciones y sus ejercicios escolares. Algún chicuelo rezagado empujaba el portalón, pasaba rápido por delante de nosotros, alzaba su gorrilla aplastada sobre los ojos negros, morenos, profundos, y expresivos, y decía con una voccecita simpática y musical:

— ¡Buenos días tengáis «ostés»!

Uno de esos muchachos llamó nuestra atención más particularmente. Llevaba unos pantalones sujetos por un tirante en forma de bandolera sobre una camisola blanquísima, sin otro abrigo que defendiera un torso fuerte y ancho que prometía un luchador recio y valeroso, y cuando la gorra salió de su cabeza, en un saludo nervioso y rápido, un montón de cabellos negros y rizosos le bajó hasta los ojos inquietos y por la nuca descolgóse una coleta de torero, larga y apretada, como de lidiador viejo que cuida de ese símbolo augusto de su profesión más y mejor que de los aceros con que mata y de los capotillos de seda y estambre con que burla, sonriente y sereno, las brutales embestidas de los toros bravos.

— ¡«Güenos días, señores!»

— ¿Quién eres tú? — preguntó mi amigo el respetable escritor que ha asomado episódicamente en este relato verídico y memorable de la historia del toreo moderno.

— «Rafael González Madri, servidó» de Dios y de «ostés».

— ¿Y... eso? — señalando a la coleta.

— Es... que voy a ser torero.

— ¿Tan joyenzuelo? — interrumpí yo. — ¿Has toreado alguna vez?

— Toas las noches en el Mataero; nos colamos por bajo der portalón grande y mos hinchamos allí, aunque después nos maten a cógotas en nuestras casas y mos dejen luego castigaos acá en la escuela por no sabenos las lesiones.

— Pues si has de ser torero, ¿a que vienes al colegio a prender lo que otros necesitan para seguir difíciles profesiones y carreras? Tú con saber firmar las escrituras y con sumar y restar sin equivocarte en las cifras estarás al cabo de la calle. ¡Anda a tu casa, a tu rumbo, a tu vocación; sin duda a tu fortuna y a tu fama! Ni has de ser ingeniero, ni abogado; ni médico, ni boticario. Cuando el pelo sale así tan copioso y apretado y rebelde en la coronilla, es que quiere ser tranzador... Mira: «Lagartijo» aprendió a firmar cuando ya le dolía el alma de ser matador de toros, y sus escrituras no han tenido un clavo flojo.

El chicuelo era y es «Machaquito», alias que le colgaron los mu-
chiachos de su barrio porque a su hermano José, hoy certerísimo pun-
tillero y en aquellos días zapatero aplicado y formal, le apodan «Ma-
chaco». Desertó un año más tarde de la escuela; anduvo de allá para
acá de banderillero valiente, de lidiador de capeas en funciones de
aldea y hasta de personilla viva y nerviosa que llamaba la atención
por sus arrojios increíbles, con una cuadrilla de chicuelos como él, de
diez a doce años de edad y de la que salieron, que yo recuerde, para la
fama y para la riqueza tres matadores de toros: «Gallito II, Lagarti-
jo II y él. Iban todos los nenes costeados en lo tocante a posadas y al
tabaquillo y algunas veces eran regalados con una propineja de una
peseta o de dos, para que «echasen un rato de alegría y de juerga».

Peró «Machaquito» aspiraba a ser matador; quería serlo a todo
trance, aunque se dejara las carnes «echas tiras como unos zorros»
en los pitones de las reses, y no había tarde en que no le dijera a algu-
nos de los espadas, diminutos como él, que actuaban de jefes: «Tú,
si me dejáis uno pa que yo funcione».

Fue en la placeta de Palma del Río, cuando aquel renacuajo—hoy
millonario y célebre tras de ganarlo en guerra galana, dejándose ma-
tar tolas las tardes y con todos los toros que le embisten con ansias
feroces—satisfizo su loco deseo. «Machaquito» acababa de cumplir
trece años... ¡Un hombre ya harto de rodar por circo taurinos!

En la feria jugábase una novillada, figurando como único espada
el novillero «Malagueño». «Machaquito» aparecía en los carteles en
clase de banderillero, y los toros, procedentes de una casta que ni
entonces tenía gran predicamento ni después lo ha logrado, eran, en
cambio, grandotes y «aviados de lo suyo» y además llegaban con un
poder extraordinario al trance supremo porque no había picadores.

* * *

El niño de la escuela se había distinguido por su afán ciego y desesperado al capotear en la brega y aun al lanzar por verónica y navarra apenas su «mataor» se descuidaba. Luego banderilleó tres toros, al cuarteo, al cambio, relance, con más loco arrojo que lucimiento, por su nerviosidad excesiva que ha conservado el torero a quien le parece todavía hoy, ¡qué bicho qué a los tres minutos «no le junta las manos» es el que va a impacientar a las gentes que aguardan el trágico instante en que el estoque va a hundirse en el morrillo, todo ente o y en lo más alto...!

El público de Palma del Río, pidió con ruidosos gritos que «Machaquito» matara el último bicho.

—¡Dásele!—le decían al «Malagueño».

Y como éste se resistiera porque el toro era un «mozo» largo de púas y alto de agujas, y el que, por la voluntad popular, debiera despacharlo era un chiquillo que apenas si a la buena de Dios podía, empinándose, mirarle el nacimiento del pescuezo. «Machaquito» le suplicó:

—¡Trac, hombre; *has favó*, que tú has *estao* ya *superió*!

Y sonriente, como siempre, pegó cinco o seis rabiosos muletazos, se agachó para mirar si la res tenía las patas unidas, y sin reparar en que aquel terreno el enemigo le podría, alcanzar antes de salvar la tremenda aduana, armó la muletilla y, arrancándose ligero y derecho, con los ojos puestos en los morrillos, clavó la espada toda en la misma cruz y salió... dando una terrible vuelta, con la camisa destrozada desde la cintura hasta la garganta.

Antes de que pudiera alzarse de la arena, caía el toro muerto sin puntilla. Los espectadores, unos instantes aterrados, estallaron en exclamaciones de alegría y entusiasmo.

¡Ese, ese...! ¡Ahí hay tajo!

* * *

Aquella noche el empresario, al pagar a la gente, llamó aparte a «Machaquito», y con cierta solemnidad, le dijo:

—Toma, buen mozo.

¡Y le dió un duo!

Rafael González, nació en Córdoba, el 20 de septiembre de 1880, y hecho por pluma agena el relato de lo que fueron sus primeros

años de aprendizaje, comencemos por nuestra cuenta la historia desde que en 1898, bajo la dirección del que había sido notable banderillero y una esperanza para la afición, Rafael Sánchez, el «Bebé», formó la cuadrilla de «niños cordobeses», al frente de la cual, como matadores puso a Rafael González, «Machaquito», y Rafael Molina, «La



gartijo», hijo de Juan y sobrino del célebre torero que tan famoso hizo este remoquete.

Como Madrid es en materia de toros, como en otras muchas materias, el que da y quita famas, a la presentación de los «niños en Madrid nos atenemos, diciendo únicamente que hasta el 8 de septiembre de aquel año en que se efectuó, muchas otras plazas, casi

MACHAQUITO

todas andaluzas, habían aplaudido y saludado como una promesa, la aparición de «Machaquito» y «Lagartijo».

La impresión que la pareja pro lujo en la Corte la refleja este juicio que al hablar de la corrida publicó un periódico profesional:

Ya cuenta «Córdoba la Sultana» con dos «Rafael» más en la dinastía de los «califas». Porque Rafael IV y Rafael V, «se las traen» (1) «Machaquito y Lagartijo Chico», son de los que harán andar de cabeza a muchos matadores de toros.

»Eos muchachos han nacido para toreros, como otros nacen para ministros.

»Son toreros «cuajados» desde antes de ver la «Luz».

«¡Y vaya si verán «Luz»! ¡Peo mucha «Luz...»!

»Machaquito rompió el «hielo» tirando una «larga», estilo Lagartijo», y rematándola con mucha limpieza.

»Se repitieron las ovaciones cuando los muchachos tomaron las banderillas... y «Machaquito» secundó con dos cambiados de primera.

»Machaquito», sobrio en la faena, poco adornado, pero inteligente, entró a matar casi siempre con mucha verdad y muchísimo coraje. Sólo advertí en él alguna precipitación, como si el deseo de llegar cuando antes al «momento de los aplausos» le aguijoneara para deshacerse de su enemigo lo más pronto posible... por ese ligero defecto que advertimos, pudo ocurrirle un percance grave de ser arrollado y pisoteado por el toro quinto».

Seguramente no ignora «Machaquito» que eso de echar el «paso atrás» para entrar al volapié se le afeó mucho al gran «Lagartijo» y a «Mazzantini...» por qué, efectivamente es una ventajilla que desluzce la suerte,

y es un vicio muy feo
que debes evitar, ¡oh Timoteo!...»

A contar del día de su aparición con «Lagartijo», dicho sea en honor de la verdad, «Machaquito» hubo de luchar no tan sólo con los obstáculos naturales con que en toda profesión se tropieza siempre

(1) En el orden cronológico de esta "dinastía" taurina corresponde el primer lugar a "Lagartijo el Grande" a "Guerrita" el segundo y el tercero a "Torereito."

para llegar, sino además con el nombre y simpatías heredados por su compañero y en cierto modo competidor.

Su trabajo necesitaba ser dos veces sobresaliente, para que llegara a sobresalir, pues toda la atención de los públicos se fijaba únicamente en aquel, que las gentes se empeñaban en que había de ser otro primer «Lagartijo» relivivo para el arte. Y como el muchacho, por otra parte, se traía «lo suyo», y, no tardó en manifestarse torero excelente, sin más contra que una apatía de la que no siempre lograba triunfar, la tarde que esto acontecía, no hay que decir que «Machaquito», necesitaba hacer mucho para que le agradecieran una pequeña parte.

En 1899, y 1900 transcurrieron en esta lucha titánica, pero tras la cual quedaron los terrenos deslindados, y el papel «Machaquito» subió hasta hallarse aco de la afición en considerarle, sino tan consumado torero como «Lagartijo», matador de aquella categoría a que perteneció «Frascueto», de la categoría de los que a donde no llega su saber llega su corazón, y como gran matador, aunque fuera matador «sui generis», se le tuvo, se le alentó y acabó por consagrarse aun antes de tomar la investidura de maestro oficialmente.

Así las cosas, y después de recorrer en tres temporadas triunfalmente todas las plazas del reino, siendo su gran éxito sólo comparable al alcanzado años antes por la cuadrilla de «niños sevillanos» de «Minueto y Faico», los cordobeses tomaron la alternativa en Madrid el 16 de septiembre de 1900, otorgándose a Rafael González, Emilio Torres, «Bombita», luego de habérsela dado en el toro anterior a «Lagartijo», Luis Mazzintini, pues para que los dos muchachos se «doctoraran» en un mismo día, se organizó una corrida con ocho toros de Veragua, actuando los cuatro diestros citados.

Hulo de particular en esta alternativa, además del caso nunca visto de ser dos los que la tomaron en una misma fiesta, que no se tuvo en cuenta para la antigüedad en que habían de continuar, la que «Machaquito» venía disfrutando sobre «Lagartijo» hasta entonces, sino que se verificó un sorteo en el que salió triunfante este último, con gran disgusto de nuestro biografiado, que a contar de aquel día ha venido toreando «por detrás» del hijo de Juan Molina.

Se llamaba el toro de la alternativa de «Machaquito» «Costillares» y lo despachó después de una faena de muleta no muy lucida, de una buena estocada, saliendo desarmado que le valió muchas palmas.

II

El año 1901, primero en que «Machaquito» toreó como matador de alternativa, no se presentó para su fama tan halagüeño como era de suponer, dadas aquellas condiciones suyas que tantas esperanzas habían hecho concebir, porque si según se dice las tres cualidades que necesita el torero son: «valor, valor y valor», Rafael González había demostrado que no carecía de ninguna de «ellas», siendo por añadidura y en beneficio suyo, ese valor, «vistoso», lo que a igual cantidad da siempre una idea mayor en el que lo observa, porque diríase que, aun quizás sin pretenderlo, «Machaquito» hace valer su guapeza, le da importancia, y cuando realiza un acto de valentía, no hay modo de no apreciarlo. Su temperamento nervioso le ayuda admirablemente a ello, como a otros tan valientes como él, un temperamento bilioso, quita todo aparato al acto de mayor arrojo.

Ello es que en 1901 defraudó un tanto las esperanzas de la afición, pero acabó la temporada volviendo por su fama, por lo que ya en 1902, logró contratar cincuenta y tres corridas, y 64 en 1903 cimentando una reputación que de año en año ha ido en aumento hasta llegar, siempre por su propio esfuerzo, a esa altura en que hoy se halla colocado, que con ser la más eminente, tiene todavía el mérito de que nadie se la discuta, reconociendo aun aquellos que no gustan del toreo de «Machaquito», que a su modo y manera es el primero de los matadores actuales.

Si de ello había alguna duda, en las tres corridas celebradas en Madrid en 1910 con Vicente Pastor, después de los grandes y merecidos éxitos de éste, bien probó «Machaquito», que no obstante sus once años de torero de alternativa, su nombre conquistado, y una fortuna adquirida, amén de los afectos creados, cuando llega el momento lo olvida y no está dispuesto a dejarse arrebatar una supremacía que nadie le ha dado hecha, y que a otro cualquiera ya comenzaría a pesarle porque no es grano de anís sostener en los ruedos un cartel de torero valiente, sabiendo que el público ha de llamarse a engaño si no le ve cada dos minutos en riesgo inminente de salir colgado de un pitón.

Repase el aficionado su memoria, y recuerde desde los tiempos de «Frascuero», sin excluir al mismo «Espartero», lo que han durado los

«guapos» con los toros; y no tardará en convencerse de que aquellos que no se han «apartao» oportunamente, los han «apartao» los bichos, como con frase gráfica decía el gran «Lagartijo».

Una naturaleza de acero y un amor propio de bronce conservan a «Machaquito» en su plaza.

¿Se quieren más pruebas de ello? He aquí algunas de sus faenas en la presente temporada, que por cierto no ha sido de las más afortunadas para el diestro, no obstante sus sonados trabajos.

La primera corrida en que ha actuado en 1911 «Machaquito», ha sido en Barcelona, el día 19 de abril, y sobre su trabajo ha escrito el buen aficionado y notable revistero taurómaco D. Juan Franco del Río:

«Machaquito».—A su trabajo débese que no saliéramos de la plaza renegando hasta de la hora que pusimos los piés en ella.

El hombre traía ganas de dejar grato recuerdo y lo ha conseguido con creces. Su faena en el primer toro fué la de un valiente, dando todos los pases ceñidos y entusiasmando a las masas, que enronquecieron a fuerza de corear cuantos pases daba, sobresaliendo dos superioresísimos de pecho.

Aprovechó muy bien, y entrando con unas cuantas toneladas de valentía agarró una estocada corta, algo delantera, pero al hilo del morrillo, y saliendo con limpieza tumbó al de la viuda sin que tuviera que funcionar el puntillero, escuchando entusiasta ovación, concediéndosele la oreja y dando la vuelta a la plaza.

Pero esto no fué nada para lo que el niño de Córdoba hizo con el cuarto toro de la tarde, pues, con los piés materialmente clavados en la arena, jugando tan sólo los brazos, a dos dedos de los pitones y dejando pasar estos rozando por los alamares, dió una serie de pases imposible de mejorarlos, consiguiendo una estruendosa ovación, después de nó cesar de oír bravos durante toda la magistral faena, y que la música tocara en su obsequio.

Rafael pinchó cinco veces, siendo siempre ovacionado, y acabó enterrando el acero hasta el pomo, rodando el noble animal, y escuchando el espada la ovación que su soberbio trabajo merecía.

Espontáneamente cogió banderillas en sus dos toros y en ninguno, aunque se le aplaudieron los deseos, tuvo suerte al clavar.

En la brega y quites, trabajador activo, haciéndose aplaudir con frecuencia.

¡Cuánta verdad es que el que tiene la onza es el que la puede cambiar!

En Bilbao 30 de abril y 2 de mayo. Revista de D. Ventura y Susje:
«Machaquito» salió a torear con grandes deseos, con una enorme

cantidad de buena voluntad, pues parece que el amor propio del bravo cordobés está herido en lo más hondo. Rafael González ha sido descartado del cartel para las próximas corridas de feria y el hombre creyendo e postergado, salió dispuesto a dejar su nombre a gran altura y a conquistar ruidosas ovaciones. Aplausos tuvo cuantos pudiera apetecer, pues el público como si quisiera desagraviarle porque no viene para agosto a esta plaza, le hizo objeto de grandes manifestaciones de cariño, aplaudiéndole exageradamente, tras de cuyos aplausos venían no pocos abucheos a los señores de la Comisión de la plaza.

El citado diestro clavó dos buenos pares de banderillas al primero; hizo con él un trasteo movido molestado por el viento, y lo despachó con media un poquito delantera y un descabello a la segunda. Tampoco ofreció nada de particular la faena que hizo con el tercero al que pasaporteó con media muy buena, entrando bien y saliendo rebotado. Dobló el bicho, al cual levantó el hermano del espada al darle la puntilla: volvió a doblar, y hubo para el de Córdoba ovación, oreja y vuelta al ruedo. Al quinto lo pasó de muleta poniendo en juego sus nerviosidades, sus rabietas, su valentía, y después de dar un pinchazo superior, dejó una estocada buenísima. Agarró al bicho de un pitón, se sentó luego en el estribo hasta que rodó aquel y la ovación que oyó fui muy grande, siéndole también concedida la oreja. Al sexto le colgó tres pares de banderillas, que se aplaudieron más de lo que merecían; pero en la plaza había un ambiente favorable al espada cordobés y cuánto hacía se premiaba con una ovación».

«Machaquito». Estuvo animoso, decidido y con ganas de quedar bien en esta corrida, que él calificó de despedida del público bilbaino. ¿Será verdad, Rafaelino? (2 de mayo).

A su primero, que a causa de un puyazo de «Zurito» estaba medio muerto, y dobló a mitad de la faena de muleta, lo toreó breve y acabó por colocar una entera sin estrecharse y concluir con un certero descabello. A su segundo, después de poner un par de banderillas desigual, lo toreó de muleta a su estilo, nervioso y con coraje. Se desconfía después y ya no resulta tan lucida la faena. Entra bien y le resulta el esbozo algo bajo. Intentó el descabello, y dobló el toro para rematarlo el puntillero. «Aplausos».

Y a su tercero, después de ganarse una ovación por tres pares superiores de banderillas, lo toreó de muleta metiendo la cadera entre los pitones y levantando al público de sus asientos.

Entra bravamente y agarra media superiorísima que hace rodar

al toro sin puntilla «Ovación y oreja». En quites, brega y toreando de capa, lucido, oportuno y valiente.

* * *

Para que el lector forme exacto juicio de lo que es «Machaquito» a los doce años de matador de alternativa, ocupando el lugar preminente que ocupa y ahorrada ya una fortuna que se cuenta por millones basta con las faenas apuntadas de su campaña al comenzar la temporada de 1911.

Añadamos tan sólo, por tratarse de un acontecimiento en su vida torera, lo concerniente a la tarde de 17 de mayo en Madrid.

El lector «aficionado», sabe que en la plaza de toros en Madrid no es costumbre, desde hace muchísimos años, conceder la oreja de los toros a los matadores, por lucida que haya sido su faena, hasta el extremo de que en los 36 años que lleva de construída la plaza nueva, sólo han conseguido ese galardón, «Chicorro» en 1876 por la lidia y muerte que dió al toro «Medias negras» de Benjumea, más tarde «Cacheta», en una corrida de novillos, después Vicente Pastor al matar a «Carbonero», y ninguna más hasta 17 de mayo, en que «Machaquito» cortó la de «Zapatero», y Vicente Pastor la del 6.º de la misma corrida.

¡Ah! También don Vicente Blasco Ibáñez le concedió una al héroe de su novela «Sangre y Arena...»

En «Arte Taurino», don Pío, al hacer la reseña de esta memorable corrida, dice lo que sigue de la faena llevada a cabo por Rafael González:

«Machaquito», que tenía clavados no sé cuántos clavos, había dicho hablando de esta corrida: «Con los miuras va a ser». Y fué.

»Cuando salió a matar a «Zapatero», retiró a la gente; hincó ambas torcillas en tierra; andando sobre ellas se fué al toro, lo llamó, acudió gazapeando el bicho, aguantó temerario Rafael, le metió la muleta en la cara en un pase ayudado, y se la sacó por la cola. Se puso él en pié, y antes nos habíamos puesto todos. Los pases que siguiéron, naturales, de pecho y altos fueron de aquella marca «Machaco», en que la ropa del valiente estaba más cerca de los cuernos del toro que de las carnes del torero. Un pinchazo hondo, del que

salió rebotado, y luego una estocada de Machaquito. Esto lo dice todo. Diez mil pañuelos que piden la oreja para el matador, y el presidente, que obedece el mandato popular, la concede. La ovación inenarrable».

Por su parte el «Tío Campanita», en «Sol y Sombra», dice de esta corrida:

«Machaquito», que capitaneó a las cuadrillas, en su primero estuvo hasta temerario de sobrado valiente; empezó la faena dando un pase ayudado ceñidísimo, con las dos rodillas en tierra; siguió metiéndose entre los pitones, con altos, de pecho y ayudados por bajo, empleando una excesiva y exagerada precipitación para ejecutarlos, siendo siempre arrojado por el toro del terreno que ocupaba al terminar los pases que daba, por el empeño que demostró de apretarse con el bravo miureño, por lo que ningún muletazo resultó limpio ni la misión del torero completa, en cuanto que no pudo al terminar los pases quedarse en su terreno ni él en el suyo, que es el verdadero objeto que debe tener presente todo diestro que manejando la muleta desea demostrar que sabe mandar y hacerse obedecer de los toros.

»Entrando a matar frente al 2, dió un gran pinchazo, saliendo por la cara y casi perseguido, y delante del 6 agarró una buena estocada, recetada con verdadero coraje y deseos de acostarse en el morrillo.

»En suma, una excelente faena de valiente y merecedora de innumerables elogios, palmas y bravos; pero impropia, por lo temeraria, de un estoqueador de su prestigio, que torea sesenta corridas y que lleva años colocado en el primer lugar entre los espadas de cartel.

»En su segundo me agradó más la manera que tuvo de torear; estuvo más tranquilo, más cerca y acabando los pases con más aplomo y arte; pero tirándose a matar se hizo acreedor a la censura, porque además de hacerlo desde largo lo hizo gazepeando y dejó el estoque delantero y caído».

Estampo elogios y censuras. El lector de hoy, se quedará con aquello que más convenga a sus propias convicciones sobre el mérito de Rafael González; el lector de mañana, entre lo que se le da y se le niega al diestro podrá hallar en término medio «en el que está la virtud».

En el «Arte Taurino» de Madrid, se publicó a raíz del triunfo de «Machaquito» en Madrid, esta interview celebrada por uno de los redactores de aquel ameno periódico con el diestro:

«Ya saben ustedes, y si no lo saben se lo digo yo ahora, lo habla-

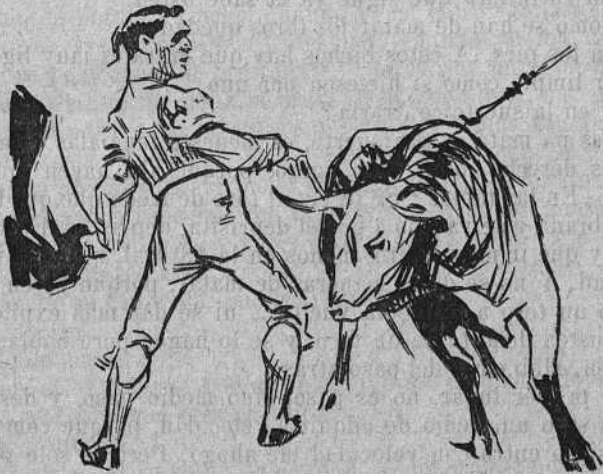
dor que es «Machaquito»; va para sordo, porque le ha dejado así el ruido de las ovaciones, y está casi siempre mudo.

—¿Cómo mata usted, Rafael?—le preguntó alguien cierta vez.

—Pues... me voy pa el toro y se la clavo toa.

»Realmente no se puede explicar de otra manera ese acto que desde el tendido nos parece tan sencillo. «Se va uno al toro y se la mete toa». Es una explicación de la más pura escuela cordobesa, por el orden de la conocidísima de «Lagartijo»: «Viene el toro, etcétera».

—Las estocás se dan mejor que se explican. Para mí, al menos, es más fácil hacerlo que decirlo—me dijo Rafael la noche del memorable miércoles pasado cuando le interrogué para confeccionar esta lección.



»Rafael hace muy mal *interviuvado*; pero yo que tengo mucha paciencia para estas cosas, me armé de toda la mía a guisa de tirabuzón, y a tirones, como una extractor de muelas de esos que andan en coche por las plazas y las ferias para regocijo de sanos y desesperación de doñentes, le fui sacando del cuerpo las pocas palabras que siguen, mientras de rato en rato el Gran Café, en donde charlábamos, estallaba en aplausos al matador valiente que nos ha emocionado con su arrojo durante tantos años.

»—¿Cómo quiere usted los toros?—le pregunté.
»—A mí los toros me gustan ligeros, que hagan mucho por mí para que yo pueda matarlos bien. En esto cada matador tenemos nuestra manera. Yo no quiero que me apuren los toros si no que me lleguén pronto.

»—¿Cuál es su forma preferida de matar?

»—La que más me gusta es la natural.

»—¿Cómo se debe ejecutar?

»—Como lo hago yo, querrá usted decir. Pues para matar bien hay que ponerse en medio de la cuna: ni perfilado con el pitón derecho ni con el izquierdo, sino en mitad de la vía; se agacha mucho, «demasiado, la mano del palillo», de moo que éste vaya al hocico como si se fuese a clavar el pincho del palillo en él, echa uno «pa lante»... y luego «la rutinilla» que sigue ya la sabe usted.

»—¿Cómo se han de matar los toros quedados?

»—Con los pies. A estos bichos hay que entrales muy ligero para poder salir limpio como si hiciesen por uno.

»—¿Y en la suerte contraria?

»—Pues pa matá en esa suerte, es menesté tené alas. Hay que ir a los toros derecho, pero muy ligero, porque ahí hacen muchísimo por uno... ¿En las tablas? Se tercia al toro de modo que quede el hilo de la alambrada y se va uno a por él deprisita, deprisita. En todas las suertes hay que ir muy ligero, menos en la natural, que requiere más tranquilidad. Y no se otras maneras de matar, porque yo en mi vida he matado un toro a la media vuelta... ni sé dar más explicaciones Póngame usted delante de un toro, y se lo hago; pero hablo, no sé.

»—Bien. Hablemos del paso atrás.

»—En primer lugar, no es paso, sino medio paso, y después no es ventaja sino un medio de adquirir velocidad, porque como yo soy pequeño, si no entro con velocidad me ahogo. Pero es sólo para eso. Y só o medio paso. Yo nunci muevo la pierna izquierda, y la prueba de que este recurso no es una ventaja, está en que me han cogido muchas veces los toros.

»—¿Cuántos lleva usted muertos?

»—¡Qué se yo, 1400 ó 1500!

»—¿Cuáles tiene usted por mejor despachados?

»—El «Poticario» de Ibarra, y el Miura que inspiró a Benlliure su célebre bronce.

»—Hablemos un poco de la memorable tarde de hoy. (1)

(1) 17 de mayo, en que le fué concedida la oreja del toro «Zapatero» de Miura.

»—¿Qué quiere usted que le diga? Por muchos años que viva, y pienso estar aquí un ratito, no se me olvidará.

»—Bueno; pero dígame usted algo de sus sentimientos, de su emoción durante la faena...

»—Si no sé... Yo quería estar bien a la fuerza; quería desquitarme de las tardes anteriores, y no sabía cómo, pero desde la noche del domingo yo estaba resuelto a hacer una soná. Vi al toro desafiando, me arrojé y me fuí pa él. En toa mi vida yo no había dao más que otro pase «en» rodillas, y fué en Córdoba hará cosa de unos siete años. Después pa que vieran que yo era todavía yo, me metí en el toro; y, mire usted, cuando yo sentí que el público volvía a aplaudirme como el año pasado como antes y como siempre, se me puso aquí un nuo en la garganta, y... vamos, que hasta me entraron ganas... así... cómo de llorar... Luego, cuando ví en el aire tantos pañuelos, se me saltaron las lágrimas... y después, cuando yo iba dando las gracias, miré por casual al presidente, y le ví que miró pa mi y qué me hizo seña de que me daba la oreja de «Zapatero», me entró una alegría tan grande... que si no me muerdo los labios con fuerza me echo a llorar como un chico. Usted calcule, toa la vía soñando con esto... Así es que cuando ví hacer la seña al usía dije, sin poderme contener: «¡Vaya, ya me salió con mi gusto!» Mi hermano José se me quedó mirando atontilinao, y yo le dije: «¡Qué es la oreja que buscábamos! ¡Anda a por ella!»

»—Y los de su cuadrilla, ¿no le dijeron nada?

»—¡Hombre!...

»—Díga'lo usted.

»—Pues el «Camará» fué el único que me dijo cuando allegamos al estrito: «¡Cómo qué eres el único!»

»—¿Y los otros?

»—Los otros. Mire usted, la verdad: todos estábamos como atontaos.

»—Telegrafiaría usted en seguida a su esposa...

»—Como siempre: «Sin novedad», y nada más.

»—¿Y al Club Guerrita?

»—También, lo de siempre: «Toros superiores: caballos, tantos; sin novedad». Lo demás que lo telegrafien los corresponsales.

»—Y de to lo eso que se cuenta de su retirada, ¿qué hay?

»—¡Retirarme yo! ¿Por qué? Esos son infundios de algún «amiguito».

»—Hombre, la verdad es que con el capital que usted tiene y con sus circunstancias...

»—¿Pero usted cree que sólo se torea por dinero? Mire usted; cuando se está en la plaza no se piensa más que en los aplausos. Si cuando uno está mal, le pidieran por volver la carta el sueldo de dos u de tres corridas, lo daba.

»En este momento llegó junto «Machaco», Luis, su mozo de estoques, y le entregó un montón de telegramas, felicitación de aficionados entusiastas; algunos le piden la cabeza de «Zapatero», que Rafael no se ocupó de mandar cortar.

»De todos los telefonemas, uno alegra a «Machaco» más que los otros.

»Es del «Bebé», y dice así: «Te felicito entusiasmado. Tenía mucha confianza hoy».

»Y yo también—agrega el torero de la emoción».

«A.»

Tanto en el resto de esta temporada de 1911, como en la de 1912 y 1913, fué Rafael el torero pundonoroso y valiente de siempre.

El 16 de octubre de ese último año y en la corrida que dió la alternativa a Juan Belmonte, matando el último de la tarde, por resultar herido el recipiendario, se despidió de su profesión el notable matador cordobés, aunque hasta el día de la despedida de *Bombita*, no se hizo pública la noticia.

Sus faenas en esa corrida según *El Tío Campanita*, fueron las siguientes:

Machiquito, en su primero, que no podía con los cuartos traseros y que fué de los desechados de Guadalets, porque después de fogueado fué también retirado al corral el de Bañuelos a instancias del público por ser buey, el cordobés estuvo valiente, lo *aliñó* lo más decorosamente posible, y frente al 8, en la suerte contraria, le dió una buena entrando con coraje, que fué aplaudida.

En su segundo, de Bañuelos, que fué fogueado y se huyó, al hilo de las tablas pudo pasarlo de muleta y matarlo de dos matisacas, una bien dirigida y un descabello.

En él que cerró plaza, entró a matar dos veces, y terminó descabellando.

III

Como ya he dicho, sobre los méritos de Rafael González, no hay grandes discrepancias entre sus críticos, por lo mal de lo mucho que sobre él se ha escrito sólo reproduciré lo que el notable aficionado de Méjico don Carlos Quiroz dijo cuando nuestro torero se presentó en aquella República, en 1903, y la opinión de uno de sus biógrafos a más de lo que recientemente ha dicho un distinguido cronista.

He aquí el juicio que mereció al primero:

«Machaquito es una masa de nervios y valentía no se está quieto un sólo instante, todo lo hace, o a lo menos lo intenta está muy valiente y muy cerca de los toros; pero en esa valentía no todo es oro de buena ley, hay algo ficticio.

»Con el capote, francamente, no me gusta; torea con mucha ventaja, no sabe «ver llegar», y cuando el toro llega a jurisdicción, en vez de aguantarlo con el percal, se lo tira adelante y a un lado, de suerte que la «reunión», se efectúa lejos del diestro y «fuera de cacho».

»En el último tercio es donde está mejor, más que nada por que está muy cerca de los toros y se ciñe mucho con ellos; en esto a ratos me recuerda al gran Reverte.

»No maneja la muleta con mucha habilidad, que digamos, aunque aguanta mucho y se defiende bien con ella; para poco, pero por lo regular se ciñe mucho y procura adornarse con mucha vista, tan luego como halla oportunidad para ello.

»En el último tercio es un torerito de brocha gorda, digámoslo así; de mucho efecto, bonito, que seduce y encanta por de pronto, y que sin darse uno cuenta de ello se le aplaude con calor, se le ovaciona con frenesí, aunque luego nos arrepintamos.

»Cuando a mí me encanta, cuando el nene está guapo de verdad, es cuando se perfila. Lo hace en corto; me recuerda algo así como una silueta de Salvador, según el modo de armarse.

»Al entrar por uvas me da miedo; se tira a lo desesperado; se arroja en medio de los pitones y no intenta vaciar ni procura ver el modo de salirse; se queda en la cara, atontado, y por lo regular sale rebotado, cuando no se lo llevan los moruchos por delante.

»Dios me perdone; pero si este niño no aprende el modo de salirse

del embroque, va a sufrir mañana o pasado un susto que no va a quedar para contarlo. (1)

»Una cosa en él me disgusta mucho: que da el paso atrás más exagerado que otros».

«El licenciado Muletilla», ha escrito sobre «Machaquito», lo siguiente:

«Machaquito» es torpón manejando la capa, como si sus dedos fueran refractarios al roce de la seda; no la coge: la agarra, la estruja, oprimiéndola nerviosamente entre sus manos; no sabe situar su cuerpo ante la bestia encorajinada con la necesaria gallardía; sus verónicas carecen de elegancia, son capotazos nada más; no envuelve a la res en los vuelos del capote, sino que la sacude, marcando rudamente la salida con un balanceo, que presta a la capa monótona rigidez; aquella parece en sus manos, más que una tela, una lámina de metal; sus piernas no se juntan ni paran; resiste a su enemigo sin llenar de sincera admiración a los que le ven. Siempre parece que falta algo: el saber de lo que ejecuta, o, mejor dicho, lo que se propone ejecutar.

»En los quites no hace cosas extraordinarias de arte; con las banderillas tampoco realiza prodigios. Todo el mundo se acuerda de algún par de los antiguos Rafaeles; en la memoria del perfecto aficionado no se guarda, seguramente, el detalle de alguna proeza consciente de «Machaquito» como banderillero.

»Su muleteo es basto también; es rarísimo que dé uno de esos pases de indudable bondad, pudiendo asegurarse que los lomos de los toros se van vírgenes del aire de su muleta; sus pases son medios pases nada más; pases de pitón a pitón, de los que marean al toro haciéndole cabecear, produciéndole el vértigo; al disponerse a herir, se perfila muy bien en la dirección del morrillo, que es donde hay que mirar, y no al pitón izquierdo, que es donde no se puede hundir el estoque; pero ya reunido, y apuntando, luego de asegurarse con movimientos de dudoso gusto de la estabilidad de la res, el espada retrocede un paso, se enmienda un poco y entra para valerse de una habilidad especialísima, y sepulta el estoque en el morrillo.

»Esta habilidad es el mérito . . .

»Desde semejante punto de vista, «Machaquito» tiene un mérito inquestionable, y esto, y sus movimientos nerviosos después de la

(1) Como cada torero ejecuta las suertes con arreglo a un "tranquillo," el temor de Quiróz, que era el de muchos, el tiempo ha venido a probar que no tenía ningún fundamento.

estocada, como si entregado a su coraje solamente y en lucha abierta con el toro se olvidase del público y de sí mismo, cosas muy teatrales. de seguro efecto y necesarias para la fiesta, constituyen el secreto principal de su nombradía».

Luis Falero, que ha popularizado el pseudónimo de D. Hermógenes en la biografía que ha hecho de nuestro torero, ha dicho:

«Indudablemente, «Machaquito», como matador de toros, es hoy el número uno.

»Al armarse con el estoque se perfila en corto, y mediante el tan censurado paso atrás—la «melesina» a que apeló Rafael en sus postimerías—enmienda la distancia que separa del enemigo, aumentándola; entra, generalmente, con rectitud, y por su manera especialísima de reunirse al meter el brazo, cuando parece que va a quedar clavado en un cuerno, se le ve salir ileso, aunque tropicado con frecuencia, por los costillares de la res, después de haber enterrado la espada en lo alto.

»Machaquito», en ese momento, ha conseguido aunar el valor y la destreza con suprema habilidad, de brillantes efectos en la mayoría de los casos.

»Se defiende regularmente con la muleta, y cuando se le presenta un toro boyante y claro se confía con él, ejecutando lindísimas faenas, aunque a veces equivocadas, pero siempre de imponderable visualidad.

Y entonces hay que aplaudirle!

»Pero si encuentra un toro duro de patas, avisado, que se quede y se defienda con intenciones de marrajo, Rafael no se acobarda—eso nunca—pero vacila, duda, se impacienta y acaba como puede, poniendo en práctica, quizás sin darse cuenta de ello, lo que decía el gran «Lagartijo», después de ejecutar una faena deplorable».

—«Yo me entregaré cuando sea preciso a un toro bravo, pero no quiero dejarme cojer por ningún güey».

Con el capote aparecía algo desigual, pues mientras unos días le vemos rematar los lances parado, estirando los brazos como preceptúan los cánones y ciñéndose y recogiendo a ley, otros en cambio, los ejecuta moviéndose en extremo, y «fuera de cacho» y hecho, un lio a modo de principiante poco aventajado.

Entra a los quites derrochando valentía, y en momentos de apuro para el picado, pisa los terrenos de compromiso, alardeando de las poderosas facultades que posee.

Su modo favorito de matar es el de las estocadas «arrancando», especie de volapié no bien determinado, suerte que en muchas oca-

siones le hemos visto ejecutar con relativa perfección, y que resultaría irreprochable si al hacer el cruce no dejara completamente inactiva la mano izquierda».

El tiempo transcurrido desde que esos juicios se emitieron hasta hoy en nada les ha hecho perder actualidad, y con insignificantes re-



paros del «Machaquito» de 1910 podría repetirse lo que Quiroz y don Hermógenes digeron en 1904 y 1906.

Ausente dos temporadas de la plaza de Madrid, en provincias fué

sosteniendo su cartel, hasta 1910 en que volvió con el resultado que bien presente deben tener nuestros lectores.

Aunque en 1908 y 1909, sin contar con la plaza de Madrid no disminuyó sensiblemente el número de las corridas contratadas, en 1909 sólo pudo torear en 29, matando 75 toros, a consecuencia de la herida que le infirió en Palma de Mallorca, el 4 de julio, una res del Saltillo.

El año de su retirada, toreó 63 corridas, matando 146 toros, de ellos 79 de una estocada.

IV

«Machaquito», después de la cogida que acabamos de mencionar. no ha sufrido percances de importancia, siendo el mayor, el que le ocasionó un toro en Madrid en 1912, que le produjo una grave lesión en el cuello, pues aunque volteado o alcanzado con bastante frecuencia por los toros, ha tenido la fortuna casi siempre de salir ileso o poco menos.

Entre sus hechos famosos, es digno de mención el que llevó a cabo en Hinojosa del Duque, el 29 de agosto de 1902, que refiere así una publicación periódica:

«Al mediar la lidia de uno de los toros, hundiéndose parte del tendido, arrastrando en el derrumbamiento a más de cien personas, que amontonadas en horrible confusión cayeron al redondel, con peligro inminente de ser acometidas por la fiera.

»Machaquito» evitó la hecatombe.

»Dominando con su valor las angustias de aquel momento, sereno, arrojado, pronto a salvar el conflicto, dirigióse al toro provisto de muleta y estoque, y desviando la atención del bicho lejos del sitio donde yacían las víctimas del percance, lo recogió con algunos mulletazos oportunos, arrancó a matar y agarró una estocada que hizo rodar, sin vida, al cornúpeto.

»La explosión de entusiasmo que aquel hecho produjera, no es para descrita.

»Los espectadores, en masa, llorando de alegría, tributaron al joven espada una ovación que jamás olvidará seguramente el bravo cordobés».

Por esta hecho el gobierno de S. M. le concedió la Cruz de Beneficencia.

En defecto de otras anécdotas he aquí una confusión que Rafael González, autoriza con su firma en la «Hoja de Parra»:

«Gómez-Hidalgo es un diablillo empecatado que me compromete mucho más que todas esas buenas señoras de las que quiere que cuente algo. ¡Caballeros, que soy casado!...

»¿Qué no importa? Pues vayan relatos, y allá tú cargues con la responsabilidad. Yo en esto de escribir me declaro menor de edad...

»Ahora, señores, que he de advertir a ustedes que no he hecho ningún exámen de conciencia a conciencia, y no sé cómo resultará esto porque tengo muy mala memoria. Se me olvidan los nombres, las fechas, las cifras... ¡Aprovénchense ustedes, señoras, que quieran tener algo conmigo! «Desde la princesa altiva a la que pesca en ruín barca» me han favorecido con su afecto señoras para todos los gustos. En Méjico—vamos a hablar primero de allá fuera—recuerdo que me ocurrieron varias cosas:

»Fué una cuando me «agarró» un toro. Acababa de ser trasladado al hotel en que me hospedaba con «la mar» de cuidados, con «la mar» de encargos por parte del médico de que no se me hablara, cuando apareció en mí alcobá una cupletista muy bonita, que hacía furor en aquel país. Verme, arrojarse a mí llorando, y empezar a besarme y abrazarme, fué obra de un instante. «¡Pobrecito mío, pobrecito!» me decía. «¡Yo que tengo puestas en ti todas mis ilusiones!» ¡Santo Dios, qué brutalidad, y cómo estaba aquélla mujer! A Luis, mi mozo de estoques, al médico y a los amigos que me cuidaban les costó más trabajo que todas las cosas sacarla del cuarto. Después, mientras estuvo enfermo me fué a ver diariamente, y cuando me encontré bien me obligó a que correspondiera a sus desvelos. Como la cosa era natural, yo lo hice.

Otra, en Méjico también, se puso tan imposible que si me descuido me mata. ¡Qué barbaridad! Era una señora a quién conocí en una comida, en casa de unos amigos. Poco después la ví en un teatro y se me ofendió «porque no la había saludado bastante». Pero se me ofendió de tal manera, que con una browning me anduvo buscando para despacharme. Menos mal que no dió conmigo...

»En España ¡la mar! Y esos que muchas veces aquí, como en Méjico, me pude librar por el procedimiento del esquinazo. Alguna

tiple muy aplaudida, sabe, y hágase cargo y olvidelo y perdóneme, que es esto verdad.

«Tuve aquí una señorita que era una mujer despampanante de veinte años, con cada ojo «así...» y cada cadera «así...» y cada pecho «así...» y un capital de diez y siete o diez y ocho millones de francos, que me trajo loco... para evitarla. Me solicitaba, me asediaba en todas partes y a todas horas. Me siguió, que yo recuerde, á San Sebastián, a Salamanca, a Valladolid, a Santander, a Córdoba, á Barcelona, a Palencia, a Bayona... Se hospedaba siempre en el mismo hotel que yo, y apenas veía un cuarto de luz ¡zas!, a mi cuarto. Y yo nada, no la hacía caso. Yo no sé por qué no la «quise» no me lo explico, pero así fué. Les había dicho a mis amigos que apenas le vieran conmigo se acercasen y gracias a eso me salí con mi capricho, de no tener con ella el menor contacto. Moncada, y Manolo Vico, pueden dar detalles de esta aventurita. ¡Vaya un trabajo de «peones» el suyo, para quitármela de... al lado!

«Otra vez iba yo a Jaén sólo, porque la cuadrilla y mi apoderado habían salido el día antes. Bajó a la estación del Norte a despedirme una muchacha de diez y ocho años muy distinguida, a la cual había saludado yo dos o tres veces. Iba a arrancar el tren, cuando sé me ocurrió el decirle: «Anda, vente conmigo». La muchacha se paró un poco. Luego me dijo: «No, no, se enterarían mis papás». Yo insistí. La cogí de una mano y la hice subir al coche. Nada, que nos fuimos, y que la chiquilla volvió muy satisfecha del viaje...

«Otra,—esto me lo recuerda Moncada, ahora mismo,—otra de mis «amigas» tuvo una vez una frase digna de esculpirse. Era una «chalada» que me buscaba a todas horas. Llegó aquí al hotel de Rusia, donde yo acostumbro a hospedarme en Madrid, y Moncada por quitármela de encima la dijo: «No puede usted pasar, Rafael está en calzoncillos». Ella muy decidida respondió: «¿Y eso qué tiene que ver? Todo es ropa», y se «coló» a verme.

«Otra cosa que no deja de ser curiosa me ocurrió con una cupletista bastante conocida y bastante guapa. Iba yo a torear en Madrid, y vino a verme poco antes de la corrida. «Quiero verte luego». «Y yo a ti» etc. Cambiamos pocas palabras y acordamos vernos por la noche y pasar un rato juntos. Llega la tarde, y ¡miren ustedes que casualidad! a un toro se le ocurre alcanzarme y hacerme un rasguño... en sitio que me imposibilitaba ver y atender debidamente a la cupletista. Allí fui, sin embargo, y si aquel día no pude acompañarla todo lo que ella quería, al día siguiente me decidí y la acompañé, con rasguño y todo...

»Pero noto que esto va a llenar «La Hoja de Parra» y que tengo que suspender mis historias. Las continuaré otro día. Haré exámenes de conciencia detenido cuando tenga un rato y seguiré en otra ocasión. Que sirva esto de prólogo. (¿No se dice así, amigo Hidalgo?)

»¡Ah! Se me olvidaba decir que en mis distintas aventurillas tuve casi siempre la protección de las mamás, alguna de las cuales llegó a rogarme seriamente que «atendiera» a su hija. ¡Pobres señoras! Saben bien hacerse cargo».

RAFAEL GONZALEZ, MACHAQUITO.

El 4 de noviembre de 1906 se celebró en Cartagena la boda de Rafael González con una distinguida señorita de aquella población, poniéndose de relieve con tal motivo la popularidad y simpatías de que goza el diestro en toda España.

¡Bien las merece!

Y bien merece así mismo el reposo en la apacibilidad del hogar, quién a costa de tanto arrojo y valentía, ha conseguido redondear una fortuna que yo deseo que goce largos años.

UNO AL SESGO.

FIN.